

VARIA

CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE JOSE JOAQUIN CASAS

El 23 de febrero de 1966 la nación colombiana celebró el primer centenario del nacimiento de uno de sus más eminentes ciudadanos, don José Joaquín Casas, nacido en Chiquinquirá (Departamento de Boyacá), el año de 1866.

Múltiples fueron los servicios prestados por el doctor Casas a la República como hombre público, educador y hombre de letras.

Participó él activamente en la vida pública del país, en la que llegó a ocupar elevadas posiciones: Primer Designado a la Presidencia de la República, Ministro de Relaciones Exteriores, de Guerra y de Instrucción Pública, Presidente del Senado, de la Cámara de Representantes y del Consejo de Estado y miembro, durante varias legislaturas, del Congreso. Representó, además, al Gobierno de Colombia, como Ministro Plenipotenciario ante el de España.

Dos doctas corporaciones colombianas, la Academia de Historia y la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, le reconocen como fundador. La primera de las citadas instituciones nació, con el nombre de Comisión de Historia y Antigüedades Patrias, mediante la Resolución 115 del 9 de mayo de 1902, que lleva la firma del doctor Casas, entonces Ministro de Instrucción Pública. La segunda, fundada originalmente como filial de la Academia española correspondiente, debe su existencia a las gestiones del mismo doctor Casas en Madrid, donde se encontraba a la sazón en su calidad de representante diplomático de nuestro país.

En 1919 fue elegido el ilustre colombiano miembro numerario de la Academia Colombiana de la Lengua, de la que posteriormente fue elegido Director, dignidad que retuvo hasta su muerte, ocurrida el 8 de octubre de 1951.

Educador por auténtica e irresistible vocación, entregó gran parte de su vida, aun los años de su senectud, al ejercicio de la cátedra. Tres colegios fundó y dirigió: el de San Luis, en Zipaquirá, que aún perdura; el del Salvador, en Chía, y el Liceo de Pío X, en Bogotá, donde se educaron muchos jóvenes que luego desempeñaron un importante papel en la vida nacional. Como Ministro de Educación, volvió a abrir las puertas de la Universidad Nacional y del Colegio del Rosario, clausurados en época azarosa de la historia colombiana.

El doctor Casas goza de merecida fama como poeta, escritor y orador. Según el juicio autorizado de Rafael Maya, lleva don José Joaquín "con justicia el título de genuino poeta colombiano y de auténtico intérprete del alma nacional". El es "el cantor de la tierra colombiana y el poeta que mejor ha expresado en verso la sensación del paisaje vernáculo". "Su inspiración" —resume el mismo crítico— "[...] se orienta en tres direcciones distintas: el escritor costumbrista, que contiene, como es de rigor en el género, a un formidable satírico; el pintor virgiliano de la naturaleza tropical, nutrido de savia terrígena, y, finalmente, el pensador religioso y el filósofo de aspiraciones cósmicas". Los versos del doctor Casas fueron publicados en revistas y periódicos y, una que otra vez, en forma de libro o folleto, como en el caso de *Recuerdos de fiestas* (1912), *Crónicas de aldea* (1919), *Poesías* (1920), *Poemas criollos* y *Cantos de la patria chica* (1941). Como orador, el benemérito boyacense se distinguió por su elegante y agradable estilo. De él se recuerdan discursos tales como: *Dante en la Academia Colombiana*, *Semblanza de Diego Fallon*, *Semblanza de don José Manuel Marroquín*, *Leyendo a Manzoni*, *Fray Bartolomé de las Casas*, etc.

Las Academias de la capital de la República tributaron con motivo del centenario un justo homenaje a la memoria de aquel a quien en tan alto grado son deudoras. La Academia Colombiana de la Lengua dedicó su sesión del 23 de abril a honrar la figura de Casas con un discurso del doctor Rafael Azula Barrera. Por su parte, la Academia Colombiana de Historia efectuó una sesión pública especial en la fecha natalicia de su fundador, durante la cual se descubrió una placa conmemorativa en los muros del edificio de la Academia, acto en el que habló el académico Carlos Restrepo Canal. A continuación, el doctor José Manuel Rivas Sacconi, miembro de dicha corporación y Director del Instituto Caro y Cuervo, pronunció el discurso titulado *El nacionalismo de José Joaquín Casas*.

En él, el doctor Rivas rememoró cumplidamente los servicios prestados a la Academia de Historia por el doctor Casas, en cuya vida la creación de ella no fue un episodio más sino expresión profunda de su personalidad.

Luego de recordar las actuaciones de don José Joaquín en la Academia de Ciencias y en la de la Lengua, en la administración pública y en la educación, se refirió el doctor Rivas a la obra poética de Casas y a sus sentimientos patrióticos y tradicionalistas a toda prueba, en las siguientes palabras:

Si la enseñanza fue para él un arte, la profesión literaria —por la palabra y por la pluma— fue un magisterio de amplias resonancias sociales. Nunca escribió por simple delectación o pasatiempo. Tuvo siempre en mira el propósito de instruir, moralizar, guiar, exaltar. No se mantuvo distante e inaccesible, en aislamiento ebúrneo, sino en próximo y permanente contacto con la realidad y

con su pueblo, al que sabía interpretar y conducir — siempre hacia las alturas — con una suerte de sublime demagogia, a la manera de Tirteo. Veámoslo de cuerpo entero:

Yo entonces, Patria, por tus sacros fuecos,
 Por tu ventura, por tu historia clara,
 Suscitando legión de caballeros,
 Cual otro Cid al campo me lanzara;
 Restaurando el honor de tus linderos
 En Panamá nuestra bandera izara,
 Y gritara ante el mundo a grito herido:
 ¡Colombia es hoy por donde siempre ha sido!

Para vengarte de cobarde agravio
 Tuviera el temple que a los monstruos reta,
 De artista el genio, la visión del sabio,
 Fe del apóstol y músculos de atleta;
 Yo usara de mi lira y de mi labio,
 Fuera yo a un tiempo el héroe y el poeta;
 Ni sajona, ni eslava, ni germana:
 ¡Fuera, en todo, Colombia, colombiana!

Muchos de los versos de Casas se confunden talmente con el alma colectiva, que son tenidos como de creación anónima y son repetidos como propios por el pueblo.

Los *Cantos de la patria chica*, los *Recuerdos de fiestas*, las *Crónicas de aldea*, las evocaciones de Santafé, los himnos religiosos, las escenas y los tipos populares, no son simples cuadros descriptivos, no son divagaciones, ni juguetes, ni fantasías, ni entretenimientos. Son composiciones cargadas de intención, por los temas, por el sabor autóctono y tradicional, por el sentido moral, y hasta por el léxico y los metros. Casas sabe lo que quiere y quiere lo que sabe. Casas es un escritor comprometido, comprometido con su tiempo y con su patria.

“Duerma en paz el cantor de los labriegos”:

Estas palabras con que culmina su poema a *Boyacá*, soñó Casas que habrían de ser escritas en su tumba por un anónimo labriego. Estas palabras recojo yo para definir el carácter popular y nacional de su poesía. Las recojo para sustraer a este auténtico poeta del usufructo de eruditos y críticos convencionales, y restituirlo al pueblo de labriegos y aldeanigos que él conoció, comprendió, amó e interpretó en todas sus manifestaciones — en sus faenas, sus costumbres, sus sentimientos, sus creencias, sus saberes, sus recuerdos y sus anhelos.

La aparición de Casas en el mundo de las letras se produce en pleno modernismo. Su generación es la de Silva, de Arciniegas, de Gómez Restrepo, de Carlos Arturo Torres, y poco anterior a la de Valencia. Es el momento estelar del refinamiento, del arte puro, del preciosismo, del exotismo. Sin embargo, Casas asume y mantiene una posición personal, singular, casi insular en medio de las corrientes avasalladoras de la época. El permaneció fiel a la tradición clásica y a la tradición popular española y colombiana. Sus primeros versos — contra lo que se ha venido diciendo — son los *Romances en vieja habla*, escritos a los diecisiete años, en 1883, y publicados en el *Papel Periódico Ilustrado*. Recibe su consagración en *La lira nueva*: allí aparece junto a Joaquín González

Camargo, a Alejandro Vega, a Diego Uribe, a Julio Flórez, a José María Rivas Groot, a Ismael Enrique Arciniegas, a José Asunción Silva y a otros muchos. Pero el tema de su contribución poética se distingue y diferencia en seguida: *El desierto de la Candelaria*. Entre tanto, en las páginas del mismo libro, otros cantaban a Giordano Bruno, a Carlos Darwin, a la muerte de Gambetta, Casas, exento de influjos extraños y de modas pasajeras, se orienta hacia la autenticidad de su sér y de su comarca. Allí nace su originalidad. Así llegó a ser el cantor del pueblo, el intérprete genial del alma colombiana, el poeta nacional por excelencia.

Con estas palabras lo ha definido el maestro Rafael Maya, quien explica: "Quizás el pueblo no lo reconozca así, y otorgue la palma del sentir terrígena a otros bardos como Flórez o Gutiérrez González. Para nosotros, Casas ha traducido, mejor que nadie, el alma popular, y expresado de manera insuperable reconditeces de nuestra sicología, así como aspectos sobresalientes del paisaje colombiano. Lo nacional de Flórez y de Gutiérrez está, más que todo, en el sentimiento o en lo que pudiéramos llamar, el dejo de su poesía". En cambio "el sentimiento nacional en Casas no es el desgüeño romántico ni la fácil explotación de todos los lugares comunes del sentimiento y de la fantasía, como acontece con otros poetas colombianos. Casas funde lo popular en lo clásico, o, mejor dicho, inventa un linaje de clasicismo que va a inspirarse en las más recónditas fuentes de la tradición nacional, como el Virgilio de las *Geórgicas*, como el Quevedo de las *Letrillas* o como el Pereda de los *Romances montañeses*.

Casas se remonta en cierta medida a la escuela de nuestros costumbristas, de los "mosaicos", de José Joaquín Ortiz, que fue su maestro, de Marroquín, de Vergara y Vergara, de Caicedo Rojas, y tiene afinidades sobre todo con Rafael Pombo. Del Pombo, para entendernos, del *Torbellino a misa*, del *Bambuco* y de *La casa del cura*. También del Pombo autor de una obra "no sólo moral sino patriótica, animada por el más puro sentimiento religioso y llena de nobles enseñanzas de filosofía política, de previsión y de civismo", al decir de Gómez Restrepo, quien agrega: "Pombo, desde hace cuarenta años, preveía los peligros del naciente imperialismo del Norte..., y conjuraba a sus compatriotas para que procurasen la concordia de voluntades, dentro de la diversidad de aspiraciones de los partidos políticos, y trabajasen por sentar la unidad nacional sobre bases inmovibles. La federación fue para él espantosa pesadilla, y se esforzó por desacreditar ese peligroso sistema, hasta que tuvo la satisfacción de verlo abandonado por la mayoría de los colombianos, escarmentados con la dolorosa experiencia y convencidos de la necesidad de formar un solo bloque homogéneo de la Nación, para que pudiera resistir victoriosamente a la acción poderosa de las fuerzas extrañas que hoy obran en el continente".

El doctor Casas abundaba en estas ideas e hizo su profesión de fe — literaria y nacionalista — en el elogio de Pombo, pronunciado al ocupar la vacante de éste en la Academia Colombiana, en el cual proclamó verdades que medio siglo después resultan todavía de sorprendente actualidad:

"Más que nunca importa hoy en día insistir con braveza en tales afirmaciones; y más que a otras algunas, les interesan ellas a las naciones que por su relativa inferioridad e incipiencia se hallan ante el peligro de la voracidad 'penetrante' de otras de más músculos y ningunos escrúpulos; y como a nadie, nos interesa a nosotros, a quienes nuestras singulares ventajas mismas naturales, por un lado, y por otro nuestra escasez de recursos defensivos de toda clase nos exponen mucho, y, como quien dice, en uno de los puntos más amenazados, a las embestidas o a los abrazos sofocantes de la codicia victoriosa. ¿Para qué

disimularlo? Las circunstancias son de extremo peligro; y resueltos ciertos conflictos entre los que tienen o creen tener en sus manos el señorío del mundo, serán por ventura más arduos los problemas que se nos pongan de frente. ¿Cómo los resolveremos? ¿Se halla nuestra nación en capacidad de desenredarse de los ardides de la diplomacia, de repeler los asaltos de la fuerza, de resistir a las tentativas de la absorción disimulada, de la penetración pacífica; o se encuentra floja, anémica y desprevenida? Pues si tal fuera el caso, urge, urge sobremanera, prevenirnos con el remedio.

"Pero el remedio ha de venir primero y principalmente de dentro. ¿A quién ha de incumbir sino a nosotros mismos el definir nuestra persona internacional, y para ello avigorar la idea-sentimiento de la Patria; idea-sentimiento que, como muy bien lo ha dicho un gran crítico, hunde sus raíces por debajo de los intereses materiales, siquiera sean ellos grandes y sólidos, hasta rodar en las honduras del misterio? El principio de toda reacción saludable ha de estar dentro del organismo. Si aquel se agotó, no hay facultativos, no hay drogas, no hay tónicos, ni hay climas buenos que valgan. De fuera sólo pueden venir confortativos, refuerzos, medios auxiliares secundarios. Empréstitos extranjeros, modas exóticas, novedades *palpitantes*, lenguas extrañas, métodos ultramarinos, ¿de qué sirven sobre un sujeto, nación, organismo, paciente cualquiera, exhausto, corrompido, inerte y sin cohesión? El principio vital, potencia individualizante, centro de unidad, foco de operación, núcleo de actividad, no se trae de fuera, no se importa como una mercancía. Tenemos nosotros mismos que afirmar nuestra personalidad interna, nuestro carácter, nuestro yo; tenemos que sacar fuerzas de flaqueza, explotar y cultivar nuestros elementos materiales con nuestro ingenio, puesto al servicio de nuestra voluntad, nuestra incontestable voluntad de ser y de vivir, de ser nación fuerte, nación *sui juris*, con tipo propio, con rasgos fisonómicos propios, con destino propio, con historia propia; nuestra voluntad bajo el amparo de Dios: ahí está el secreto, el resorte que hay que robustecer y afinar, el germen que tenemos que fomentar".

En esta magna obra, el doctor Casas asignaba funciones decisivas a la educación y a la literatura, que como hemos visto, son sus dos vocaciones dominantes. Pero también reserva papel preponderante a la tarea histórica. Al asumir la presidencia de la Academia Colombiana de Historia, en 1926, manifestó:

"Un propósito más trascendental que el expresamente consignado en el respectivo acto gubernativo, de acumular documentos y noticias, inspiró la fundación de esta Academia, en días de suprema ansiedad y peligro; y fue el de estimular la conciencia nacional y avivar por los medios más poderosos el sentimiento de la unidad y fraternidad colombiana. ¿Y cuál mejor que el recuerdo cuidadosamente cultivado como en familia del común origen, de comunes glorias y desdichas, de comunes responsabilidades, de comunes destinos? La historia es la conciencia y la memoria de los pueblos. Si, como dijo el gran pensador José de Maistre, 'la patria es una asociación sobre un mismo suelo, de los vivientes con los muertos y los que nacerán', la historia tiene por ministerio forjar la cadena de tradiciones y de afectos que atan y unifican las generaciones extremas".

Y también: "Pero no ha sido sólo de investigación erudita la tarea de nuestra Academia; otra ha ejecutado de hondo alcance social y educativo... Con la revelación de aquellos tesoros que constituyen lo más valioso de nuestro común patrimonio espiritual, ha contribuido de la más eficaz manera a la afirmación de la personalidad colombiana, ha perseguido un intento que, entre el concurso de tantas fuerzas centrífugas y disociadoras, entre las tendencias de un cosmopolitismo

intemperante y novelero, debe desvelarnos a todos y que yo expresaría en esta fórmula que en otra ocasión explicaré por extenso: *recolombianizar a Colombia*, fórmula que entraña, ya se ve, una estimación y un cariño profundísimo por nuestras condiciones étnicas tradicionales".

El doctor Casas, recogiendo las ondas del pasado, los impulsos de la tradición, las esencias de la nacionalidad, los estímulos de la tierra y de la gente, concibió un ideal humano, social, cultural y poético, al cual consagró todos sus trabajos, sus amores y su vida. Su propósito fue avigorar el espíritu nacional, mediante la defensa y exaltación de los valores de la lengua, la historia, la religión, las tradiciones, las costumbres, los tesoros artísticos, la poesía, la literatura, el folclor. Todo ello constituye el patrimonio común, el patrimonio de la nación, el único patrimonio que pertenece a la masa, el que no puede ser entregado ni dilapidado, el que todos deben defender.

El nacionalismo de José Joaquín Casas es un programa integral. No es de papel ni de academia. No se agota en el empleo del vocabulario vernáculo o de la temática criolla. No se contenta él con atender a un solo frente, como sería la defensa del lenguaje tomada aisladamente. Sabe que una labor exclusivamente erudita puede convertirse en estéril acarreo, en el esfuerzo inútil de las Danaidas condenadas a llenar un tonel sin fondo. Tiene conciencia de que la fortaleza debe resistir en todos los bastiones; que la patria, la suya, la de sus padres, amenazada desde todos los ángulos, ha de ser salvada en un cuadrilátero de vida o muerte, disparando en todas direcciones. Así se explica, con sentido unitario, la variedad amplísima de sus intereses, de sus trabajos, de sus empresas, de sus escritos, de sus actos. Todos ellos son parte de un solo plan estratégico. El nacionalismo es una tarea de todas las horas, una ofensiva en todas las fronteras. "Salvar la lengua nacional es salvar el tesoro de ideas, de sentimientos y de tradiciones a que ella ha servido de instrumento; es salvar toda una civilización", dijo Casas en célebre ocasión en el seno de esta Academia de Historia. Este texto basta para mostrar su concepto rotundo y total. Yo invito a la juventud nacionalista de Colombia a presentar armas a este centinela insomne de nuestro acervo espiritual, a este capitán de la buena batalla que, como el Cid, quiso permanecer para siempre al frente de sus huestes.

Que este centenario no sea una conmemoración, sino un augurio; no el cumplimiento de un ciclo, sino el inicio de una era; no la evocación de un individuo muerto, sino el segundo nacimiento de un poeta que ha estado continuamente vivo —eclipsado quizás transitoriamente tras la nube de una gloria retórica—, de un hombre que sintió como pocos la pasión y la razón de vivir —de vivir para servir, para luchar, para amar—; de quien en la cumbre de su juvenil ancianidad, al contemplar el ocaso y las sombras que se acercaban, así exclamó:

Mi vida fue, se va. ¡Si detenerla
Yo pudiera y doblarla a mi talante!
¡Dírame Dios su omnipotencia! Verla
Me place en cada sér y en cada instante.
De una gota de mar labra una perla,
De una chispa de sol forja un diamante.
¡Si del vivir mi tarde postrimera
Yo en siglo de oro convertir pudiera!

En Chiquinquirá, cuna del doctor Casas, también se conmemoró solemnemente el centenario del hijo preclaro de la ciudad.

Finalmente, el 22 de junio el maestro Eduardo Carranza, por invitación del Instituto Caro y Cuervo, habló ante los alumnos del Seminario Andrés Bello sobre el tema *Don José Joaquín Casas, en su patria y en su tiempo*.

HOMENAJE A EZEQUIEL URICOECHEA EN LA UNIVERSIDAD LIBRE DE BRUSELAS

El 30 de junio de este año de 1966 se efectuó en la Universidad Libre de Bruselas una sesión académica en memoria de don Ezequiel Uricochea, ilustre hombre de ciencia colombiano, primer profesor de árabe de la Universidad (octubre de 1878).

El acto fue presidido por el Presidente de la Universidad, el Rector de la misma, los Embajadores de Colombia ante el Gobierno de Bélgica y ante la Comunidad Económica Europea y el catedrático de árabe de la Universidad. Estuvieron presentes varios Jefes de misiones diplomáticas latinoamericanas, los Embajadores de Libia y Arabia Saudita, el Embajador de España ante la Comunidad Europea, profesores de la Universidad, un grupo de colombianos residentes en Bélgica y de amigos de Colombia en Bélgica, entre ellos el antiguo Embajador ante nuestro Gobierno, señor van Merbeek.

Inició la ceremonia el Embajador de Colombia en Bélgica, señor Antonio José Uribe Portocarrero. Luego hablaron el Rector de la Universidad, señor Marcel Homes; el Embajador de Colombia ante la Comunidad Europea y Miembro Honorario del Instituto Caro y Cuervo, señor Gabriel Giraldo Jaramillo, y el catedrático de árabe, señor Abel.

Durante esta sesión académica fue inaugurada la Biblioteca Ezequiel Uricochea, donada por el Gobierno de Colombia, especializada en historia y literatura árabes, y que se encuentra en el Instituto de Filología e Historia Orientales y Eslavas de la Universidad Libre. También fueron inaugurados un retrato al óleo de Uricochea, obra del maestro José Antonio Rodríguez Cubillos y donación de la Asociación Colombiana de Universidades, y una placa conmemorativa, obsequio de nuestro Instituto.

Concluida la ceremonia, el Embajador Uribe Portocarrero ofreció una recepción a los asistentes.

La iniciativa de la fundación de la Biblioteca Ezequiel Uricochea y del homenaje al arabista colombiano se debe al antiguo Embajador de Colombia en Bruselas, don Alfredo Vásquez Carrizosa, y al Embajador Giraldo Jaramillo, así como al Rector de la Universidad Libre en ese entonces, señor Leroy, y culminó gracias a los esfuerzos de los Embajadores Uribe y Giraldo y de las actuales autoridades aca-